

teran y adquieren á veces cierta debilidad. Vale más consolar al enajenado triste, tenderle una mano amiga, sentarse á su lado, dirigirse á él con suma amabilidad y pronunciar tan sólo palabras afectuosas.

8. Bajo la influencia de las tentativas de argumentacion, el enfermo que era apacible se torna alborotador, se irrita, su estado se agrava, se insurrecciona contra el médico y contra todos los empleados de la casa. En las personas de la clase acomodada, y en los hombres más que en las mujeres, es donde se observa principalmente este fenómeno, que obliga á ciertas medidas y que exige á menudo renunciar á todo ensayo que tenga por objeto convencer al enfermo. En estas circunstancias, hay lugar de calmar, de volver á las exhortaciones, de ganar tiempo con promesas; en una palabra, se debe seguir otro plan.

9. Aun cuando el enajenado conserve bastante sentido para comprender que está enfermo, no se tiene la fuerza de obrar sobre su moral para cambiar el orden de sus ideas. Hay enajenados á quienes no es preciso decir: Estais enfermos. — Lo dicen ellos mismos.

10. En tésis general, la actitud del médico en presencia de los enajenados será la misma que toma ante otros enfermos: les hablará con un lenguaje que demuestre el interes que le anima, pero que será siempre médico. No debe contradecir al enfermo, sino disuadirle; pero, de cualquier modo, sus esfuerzos tenderán á excitar la facultad de la reflexion, á fin de conseguir amortiguar insensiblemente las ideas morbosas. Sin embargo, no puede olvidarse que es difícil tomar en presencia de estos enfermos la actitud conveniente.

El hombre está obligado á colocar su inteligencia al unísono de su interlocutor.

Así como debe hablarse á un niño el lenguaje de la infancia, lo propio sucede con los enajenados. Hay no sé qué movimiento que nos obliga á unir la imbecilidad con los imbéciles, la locura con los locos. Esto lo debe tener muy en cuenta el médico frenópata.

11. Algunas veces es útil hacer comprender al delirante sus errores dirigiéndose á su amor propio, como tambien evitar el tono maligno y reñidor cuando se tiene que ilustrar al enfermo para que desaparezca la nube que envuelve su inteligencia.

En ocasiones se consigue cansar al paciente y cambiar de este modo la sucesion de sus ideas morbosas. Una jóven alemana,

confiada á mis cuidados, pretendía que Dios debía darla otra alma, la de otra persona. Todos los dias le preguntaba con sorna: ¿Y vuestra alma, señorita? — Pasado un mes, se desconcertó; la sangre le subía á la frente siempre que la hablaba en este tono; despues sonreía. Concluyó por rogarme que *no la hablara de eso*, y no tardó en recobrar la salud y abandonar el establecimiento. Tengo la seguridad de que su curacion fué debida á este modo de moralizar.

Algunas veces, nada es más raro que la fisonomía de los enfermos á quienes se trata. En un momento les veis pasar de la alegría á la tristeza, del dolor á la alegría, de la humildad al orgullo, de la benevolencia á la cólera. Le diréis: Deteneos: todo lo que me decís no es más que una invencion fabulosa: quereis hacerme creer cosas que sólo existen en vuestra imaginacion. — Y el enfermo, sorprendido al oír estas palabras, os dirá: Sí, todo esto es una novela.

12. En las mujeres, sobre todo en las histéricas, y en los niños, se encuentra á menudo una hipocondría caracterizada por afecciones nerviosas. Estos enfermos hablan con autoridad de sus afecciones imaginarias, de sus espasmos, de sus vapores, y en la alta sociedad es de buen tono tratarlos con muchas consideraciones, prodigarles los cuidados más exquisitos, presentarles el licor de Hoffmann, el agua de los Jacobinos, el agua de Colonia. Las más veces estos vapores no son más que fantasías, que se explican por una necesidad de excitar la solicitud de la familia ó de los sirvientes. En mi concepto, es preferible no hacer caso de estos males de nervios, no ocuparse del estómago que se levanta y produce ruidos especiales, ni de las contorsiones á que se entrega ó los síncope que simula la enferma, cuando la piel de la cara conserva su color natural y el pulso su estado normal. En mi sentir, bastan algunos dias de indiferencia para que la supuesta enferma pierda el gusto de empezar de nuevo su juego.

13. En algunos casos graves se ha conseguido obtener la curacion de un delirio melancólico provocando en los enfermos un acceso repentino de alegría. Generalmente se recuerda la historia de un cardenal que, reducido al último extremo de locura, tuvo un acceso de alegría al ver que su familia le traía el cápelo: inmediatamente volvió á la salud.

En los *Annales médico-psychologiques*, el Sr. Brierre de Boismont ha referido el hecho siguiente. Una señora padecía desde muchos meses ántes una melancolía profunda, acompañada de alucinaciones

de la vista y del oído. Se creía en poder del demonio, y no cesaba de decir que estaba perdida: en muchas ocasiones intentó suicidarse. Cierta día vió otra enferma muy enojosa, que se aproximaba. Ésta, volviéndose vivamente hacia una de las sirvientas, le pidió con una voz tan suplicante como cómica que la librara de la insupportable enferma: la melancólica tuvo una risa escandalosa, que duró muchos minutos. Cuando pasó el acceso de alegría, sorprendió ver que aquella monomanía del diablo había desaparecido. Desde entónces tuvo concepciones delirantes.

SEGUNDA PARTE

INTIMIDACION

El Sr. Leuret ha adoptado el método hipostenizante por intimidacion para el tratamiento de las ilusiones y de las alucinaciones; en una palabra, para las concepciones delirantes.

1. Ya os he dicho que este tratamiento consiste en colocar al enfermo entre una presion penosa y sus ideas erróneas. Cuando los procedimientos de benevolencia, las exhortaciones, los consejos y el razonamiento no producen resultado alguno, se imponen los disgustos, el malestar, el dolor, es decir, la ducha moral.

2. Desde hace mucho tiempo, la intimidacion forma parte del tratamiento moral; para curar á los maníacos y á los locos se ha recurrido siempre al temor, que se ha usado de diversos modos. Los hombres de arte que han estudiado la accion del sillón rotatorio son, sin duda alguna, los que mejor han conocido el efecto de este sentimiento. Ellos han dicho al enajenado: Haréis esto: si no, os daré vueltas.—Por más que se diga, la intimidacion ha permitido registrar éxitos inesperados. Podeis convenceros de ello leyendo las observaciones publicadas por mí hace algunos años.

3. El Sr. Leuret fué el primero que recurrió á la intimidacion en los casos de delirio de las ideas, de alucinacion, y en otras perturbaciones de las concepciones, *en los particulares que pretenden*

casarse con princesas, en los civilizadores del mundo, en los que alegan títulos y riquezas imaginarias.

4. Aparte de los agentes de que acabo de hablaros, se han empleado otros muy violentos. Desde los tiempos hipocráticos hasta el fin del siglo XVII se ha visto aconsejada la idea de combatir el delirio por el dolor. Así, Celso emitió el precepto de oponer á las ideas delirantes la privacion de los alimentos. En Alemania lo ha proclamado Heinroth con el nombre de *Hungerkur*, al parecer con mucho éxito. Muller, de Wurtzburgo, lo recomienda igualmente.

Cualquiera que sea la ventaja que se haya podido obtener de esa medicacion, que consiste en rendir al enemigo por el hambre, nunca podré aprobarla.

5. En el día se recurre á la ducha para obligar á los enfermos á doblegarse ante la voluntad de un jefe absoluto é insensible.

Hé aquí la fórmula: Si no me respondeis, si no me obedecéis, os castigaré.—Si el enfermo responde mal, si no obedece, si no cambia de conviccion, se le administra una ducha.

Los esfuerzos del médico deben tender á dominar al enajenado; no se detendrá, pues, ante ninguna consideracion; consagrará una serie de sesiones á obtener el resultado que se propone; la relacion que ha dado el Sr. Leuret de los enajenados sometidos á este tratamiento debe obligarnos á creerlo así. Combate sin cesar sus ideas por argumentos sencillos y fundados en el sentido comun, pero opone á todas sus exigencias una voluntad firme y decidida.

6. Dice á sus enfermos: No creais esas voces que os hablan; si persistís en darlas crédito, os mandaré meter en un baño y os darán una ducha.—Colocando el castigo enfrente de la idea delirante, la recompensa al lado de la calma, consigue destruir, en cierto modo, las ideas morbosas.

(Leuret, *Traitement moral de la folie*: «El médico frenópata debe proponerse dominar á todos sus enfermos; pero nunca lo conseguirá si no multiplica hasta lo infinito sus medios de accion. Debe emplear, segun las circunstancias, la rudeza ó las contemplaciones, la condescendencia ó el despotismo; debe combatir ó reprimir ciertas pasiones, emplear ardides ó mostrarse lleno de confianza y de candor; en una palabra, buscar en el espíritu del que quiere curar un resorte, una palanca que, puesta en movimiento, devuelva entendimiento la energía y rectitud que ha perdido.»)

7. El Dr. Leuret procede del modo siguiente: